

CAPITULO XV.

REINADO DE LOS TRIUMVIROS.

(CONTINUA.)

A la vez que reproduce, *hermosea* el de los triumviros romanos. Riouffe: noticias y memorias.—Otros testigos.—Pormenores de lo que pasa en la Consergería, en el Luxemburgo, en Puerto libre, en Lázaro, en Picpus, en Talaru, en la Abadía y en el Plessis.—Juicio sobre los triumviros.

Nos refiere Salustio, que Octavio gustaba mucho de hacer que se degollasen mutuamente sus prisioneros en su misma presencia; pero la historia no nos dice que los mandase encerrar en oscuros calabozos, que les mandase dar alimentos que no se tendria valor de tirar á los perros, con la intencion no de que viviesen, sino para impedir que muriesen de hambre; ni que los hubiese condenado á padecer largas angustias, mil veces mas crue-

les que la misma muerte. Lo que no hicieron los antiguos triumviros, eso han ejecutado los modernos triumviros: de suerte que, segun la expresion de un historiador, el triumvirato de 1793 fué la *nueva edicion ilustrada del triumvirato de la antigua Roma*. El derecho de ser uno creido, al referir las atrocidades que ciertamente no se encontrarán en página alguna de la historia de los pueblos cristianos, corresponde exclusivamente á los testigos oculares y á las víctimas. Dejemos que hablen despues de haber dado á conocer al narrador principal.

En el mes de Octubre de 1793, los agentes de Robespierre arrestaban en Burdeos á un jóven frances, á un español y al representante del pueblo Duchátel. Los tres son conducidos á Paris custodiados por dos gendarmes. Habiendo llegado á Agen, uno de los gendarmes, cocinero en otro tiempo, amarró á la pierna del jóven frances y del español una bala de cañón encadenada del peso de cuarenta libras, los maniató, les ciñó el cuerpo con una cuerda triple, y los obligó á proseguir de este modo su camino. Luego que llegaron estos á Paris, los arrojaron en el calabozo mas hediondo de la Consergería, donde permanecieron catorce meses. Este ciudadano jóven y frances á quien se puso preso como partidario de los Girondinos, se llamaba Honorato Riouffe. Su biografía ofrece grande interes si se considera el punto de vista bajo el que estudiamos á la revolucion.

Honorato Riouffe nació en Rouen el 1º de Abril de 1764. Habiendo perdido desde muy niño á sus padres, su tutor lo puso en manos de un cura de aldea que se hizo cargo de la primera parte de su educacion. Habiéndose alimentado su tierno corazon con los autores paganos, fué recibiendo el jugo de los alimentos que se le daban, y cuando Riouffe vino á Paris á terminar el estudio de sus humanidades, habia tomado ya gusto á *las letras antiguas*, á las que consagraba un culto esclusivo. El estudio repetido de *los grandes hombres* de

Grecia y de Roma le habia llenado tambien de una admiracion estremada por las instituciones republicanas. Esta admiracion irreflexiva lo arrojó en brazos del partido de la Gironda y fué la causa de sus desgracias. "Era natural, dice su biógrafo, que nutrido con la literatura de los griegos y de los romanos, se apasionase Riouffe de las medidas temerarias de hombres exaltados y presuntuosos, que llenos mas bien de talento que no de luces, quisieron arrancar al gobierno los débiles derechos cuya conservacion habian jurado ellos mismos."¹

Aténas, Roma y Esparta, eran á sus ojos los únicos puntos luminosos de la tierra. Para él, como para los demas literatos de su época, la Europa cristiana era el tipo de la servidumbre y de la barbarie. La historia ha recogido estas palabras que dirigió á Napoleon con motivo del concordato y de la institucion de los cuerpos políticos: "Los tiempos del despotismo han pasado para no volver mas. Antiguamente el estado se hallaba dentro de la Iglesia: pero á vos se debe el que la Iglesia esté hoy comprendida en el Estado."

La preponderancia de su educacion clásica se descubre mas esplicitamente todavia en su obra titulada: *Algunos capitulos*.²

Riouffe, á quien ni los desengaños de su vida, ni los padecimientos de su prision, ni las imposturas revolucionarias pudieron desembragar, protesta con energía contra el regreso de la monarquía y por consiguiente contra el restablecimiento de un gobierno absoluto; y jura por sus grandes dioses que la libertad conquistada por la revolucion es imperecedera y que jamas doblará la Francia la cerviz ante el yugo de un déspota. "Se convencerá uno de esto, esclama, si recuerda que un grandísi-

¹ P. 7.

² Esta obra se publicó en 1795 con el siguiente epigrafe tomado de Horacio: *Quid agis? fortiter occupa portum.*

mo número de hombres se dieron ó recibieron la muerte por la libertad; que muy superiores en esto á Bruto que habia mamado con la leche el odio á los tiranos, estos hombres grandes encontraron aquel odio en la fuerza de su alma; que todos murieron como Régulo, inmaculados como Camilo, y patriotas como el último de los Brutos. Un pueblo honrado por hombres semejantes, jamas volveria á la servidumbre.

"Pues bien, ese pueblo somos nosotros mismos! Esos hombres grandes no son Focion, Temistocles, Camilo, ni Ciceron; son Vergniaud, Ducos y Fonfréde, jóvenes y tiernos hermanos, sensibles gemelos que brillarán de hoy mas á los ojos de los amigos de la libertad como brillan Castor y Pollux, á la vista de los marineros."¹

Es cosa resuelta, la Francia nunca sufrirá el despotismo; y aun cuando lo tolerara, jamas consentiria Honorato Riouffe en doblar su cerviz republicana bajo el yugo. Mas á pesar de todo, poco tiempo despues sube Napoleon al poder, y nombrado Riouffe prefecto del imperio, gobierna este sucesivamente los departamentos de la Côte d'Or y de la Meurthe y muere en Metz en 1813.²

Entrando en los pormenores de su cautiverio que duró catorce meses, dice Riouffe al frente de sus memorias: "He hablado de Burdeos y de los emisarios del tirano (Robespierre); mas no he pretendido culpar á Tallien.³ Me guardaré de atacar á hombres que pueden decir como Escipion: tal dia salvé á mi patria. Cuando Flaminio proclamó la libertad de la Grecia, los griegos llenaron los templos y las plazas con sus estatuas. Dieron gri-

¹ *Algunos Capítulos*, p. 7.

² *Monit.* t. XXIV, p. 169.—Así eran todos. "Mirad á mis Brutos, decia Napoleon segun asegura Bourrienne, basta galarlos las costuras de la casaca para convertirlos en lacayos."

³ Sin embargo, nunca se vió un procónsul romano que hubiese matado, oprimido y sobre todo robado tanto como Tallien lo hizo en Burdeos.

tos de júbilo tan fuertes y unánimes, que segun dice *Plutarco*, hasta los pájaros cayeron muertos al suelo. Flaminio se vió obligado á sustraerse á su entusiasmo." ¹

Añade luego estos renglones que manifiestan cuán vacía de cristianismo se encontraba una alma que estaba llena de paganismo: "Hombres como Robespierre y Saint-Just, que son sumamente exaltados y profundamente maquiavélicos, han debido rechazar cuanto no era fanático ó maquiavélico como ellos. Empujados fuera de los límites de la moderacion por la palabra *revolucionario*, voz mas funesta para la humanidad que las de *Trinidad y Eucaristia*, era preciso que se viesen reducidos á no tener mas partidarios que la escoria de la nacion." ²

Puesto que conocemos ya á Riouffe, y que nos consta que su declaracion no puede ser sospechosa, dejémosle por un instante para oír las de otros testigos. Estos fueron todos prisioneros del Terror, estraños unos á los otros, que escribieron separadamente, sin saber siquiera si sus apuntes furtivamente redactados, llegarían alguna vez á pasar las rejas de sus prisiones. Para autorizar su narracion, uno de ellos se espresa en estos términos: "Voy á decir muchas cosas á las que no se dará crédito. Pero yo acuso aquí públicamente, acuso en alta voz, en presencia de mi patria, á la que estos cannibales han ensangrentado con tantos crímenes; los desafío á que me persigan jurídicamente. Si yo no pruebo todos estos hechos con documentos auténticos, con testigos irrecusables, quiero que caiga sobre mi cabeza la cuchilla de la ley, consiento en ser castigado como vil calumniador." ³

Veamos cómo se trataba á los presos bajo el régimen

¹ *Algunos capítulos*, p. 3.

² *Memorias*, p. 417.

³ *Prisiones, etc., de la Conserjería*, p. 44.

de la igualdad, de la libertad y de la fraternidad. Luego que llegaban al quicio de la Conserjería, veían abrirse delante de ellos unas pesadísimas puertas. Unos enormes perros de presa, cuyo número no bajaba de veinte, eran los auxiliares de los porteros de la cárcel. Luego que entraba un preso, hacían que lo olfateara á uno de aquellos animales, y quedaba bajo su responsabilidad. En todas las cárceles habia de estos alanos. Entre los de la Conserjería se hallaba uno que se distinguía por su tamaño, su fuerza y su inteligencia: este Cerbero se llamaba el *Asolador*. Tenia á su cargo durante la noche el cuidado del patio y del jardín.

"Para poder fugarse algunos presos, logran hacer un agujero que en la gerigonza de los ladrones llaman *hou-sard*. Nada se oponía ya para la consecucion de sus deseos, si no es la vigilancia de *Asolador* y el ruido que pudiera hacer. El *Asolador* se calló; pero al día siguiente descubrieron que le habian amarrado á la cola un asignado de cien sueldos con un esquelita que decia: *Se puede muy bien corromper al Asolador con un asignado de cien sueldos y un lío de piés de carnero*. Al pasarse el *Asolador* de esta suerte, publicó su infamia y provocó nuestras carcajadas de risa. Se le castigó, segun dicen, con esta humillacion y algunas horas de cárcel." ¹

"De la escribanía de la Conserjería se pasa, despues de abrirse unas puertas enormes, á unos calabozos que llaman la *Ratonera*, y que merecían mas bien el nombre de la *Ratera*. A un ciudadano llamado Beauregard, hombre tan honrado como afable, lo metieron luego que llegó en dichos calabozos, las ratas le royeron los calzones en varias partes sin respetar las carnes, y se vió obligado á cubrirse la cara con las manos durante toda la noche para proteger sus orejas y sus narices." ²

¹ Id. id. p. 20.

² Id. id. p. 14.

En el calabozo llamado *Bombec*, se veían cada veros vivos tirados entre unos tablones que tenían la forma de féretro. Salían de allí todas las mañanas unos vapores mefíticos que durante mucho tiempo interceptaron la entrada. En el llamado *San Vicente* estaban tan oprimidos los presos, y se respiraba allí un aire tan corrompido, que de treinta infelices encerrados allí, sacaron veintinueve muertos sucesivamente. Arriba de este calabozo, y por los barrotes de una ventana, se veían con frecuencia penetrar las miradas de Fouquier Tinville, que contemplaba á las víctimas que vagaban por el patio, y parecía señalar á las que debían sacrificarse al siguiente día.”¹

Oigamos otro testigo que dice: “He visto en la Conserjería á varios desgraciados confusamente amontonados sobre paja podrida, que eran presa de las sabandijas, de las ratas y de los ratones que venían á devorar la zuela de su calzado, por no poder ellos pagar cincuenta escudos para tener una cama de cordeles y un colchon que muchas veces no les servía mas que para una noche. Varios de estos infelices murieron á mi vista víctimas de un decreto tan bárbaro; pero era muy peligroso quejarse de ello. Se castigaba con pena de muerte á cualquiera que se atrevía á darles la menor prueba de compasión.”²

A los presos de la Conserjería se les hacía padecer todas las noches otro tormento de que es imposible formarse idea. “Todas las noches, prosigue el testigo, hacía las once, se distribuían por un respiradero las actas de acusación á las víctimas destinadas para el holocausto del día siguiente. Los repartidores, en los desahogos de su feroz alegría, llamaban á esto el *periódico nocturno*. Si por una casualidad se encontraba alguna identidad en los nombres, no se tomaban el trabajo de buscar á las personas que verdaderamente los llevaban. “*Bien, bien,*

1 Id. id. p. 132.

2 Id. id. p. 27.

decían al infeliz á quien por su mala estrella tocaba semejante lotería, *resignate de todos modos; pues ya sea hoy, ya sea mañana, no tienes mas recurso que ir al cadalso.*” Despertados los presos en medio de su sueño, por las voces espantosas é insultantes de los repartidores, creían oír su sentencia de muerte. Así es como estos mandamientos de muerte, destinados para sesenta ú ochenta personas, se distribuían diariamente para aterrar á seiscientas.”¹

Al insulto se agregaban el robo, la crueldad, y aun el asesinato. “Los porteros exigían hasta quince libras para entregar los boletos mortuorios de las víctimas. Algunas eran conducidas sin compasión al cadalso á pesar de hallarse casi en la agonía. Varias mugeres en cinta ó que hacia pocas horas habían parido, se veían arrastradas hasta el tribunal para ser despues decapitadas. *La cicuta y el veneno se daban con abundancia á los infelices marcados con el sello de la muerte, y que se caían desfallecidos por falta de alimento.*”²

Salgamos de la Conserjería, donde volveremos mas tarde, y veamos lo que pasa en las demas cárceles. El *Luxemburgo* encerraba en masa las calles nobles de la Universidad, de Grenelle y de Santo Domingo. “Como para hacernos comprender lo que se nos esperaba, escribe uno de sus habitantes, introdujeron en la prision á los sans-culotes Grammont y Lapalu. No satisfecho Grammont con haber asesinado á los presos de Versalles, tuvo el valor de vanagloriarse delante de nosotros de haber bebido en el cráneo de uno de ellos. Lapalu declaró que solo habia dado muerte á siete mil personas en los departamentos inmediatos á Commune Afranchie, en

1 Riouffe, *Memorias*, p. 75 y siguientes.

2 Id. p. 39.

donde este antropófago desempeñaba á un tiempo las funciones de acusador, denunciante, testigos, juez y verdugo. Añadió: "*Habia en los departamentos cuatrocientas mil cabezas confederadas que yo habria podido mandar segar si hubiese tenido verdadero gusto en deramar sangre.*"¹

"Respecto de nosotros, se tomaron las precauciones mas arbitrarias y minuciosas: dinero, anillos, asignados, plata labrada, alhajas, hevillas, estuches, navajas de afeitar, cuchillos, cortaplumas, tijeras, tenedores, clavos, alfileres, botones de mangas, hevillas para cuellos, todo se nos quitó.

"Nos daban una sola comida al dia. Se componia de carne corrompida, de legumbres con marañas de cabellos, de cieno y de gusanos. Se multiplicaron las enfermedades, se veia retratada la muerte en nuestros semblantes, y la única novedad que ocurría allí era la voz sepulcral de algun malvado mercenario que venia á gritar debajo de las ventanas de los presos: "*La lista de los sesenta ú ochenta premiados en la lotería de la Santa Guillotina.*"

"El codicioso despensero nos sirvió un dia una carne tan corrompida, que bastaba su hediondez para apestar todo el refectorio. Empezaron algunos á murmurar, y fueron en busca del despensero para decirle que su carne estaba poblada de habitantes. Habiéndose enojado é impacientándose, uno de los presos tomó uno de los platonos y lo tiró en la cocina. El despensero gritó entonces que los presos se insurreccionaban. En esto viene el administrador, le enseñan las fuentes de carne cuya poblacion podia distinguir sin necesidad de microscopio. Manifiesta su indignacion, cuando llega otro administrador que nos amenaza con emplear las medidas mas rigurosas."²

¹ Prision del Luxemburgo páginas 65 á 67.

² Id. id.

Del Luxemburgo pasemos á Puerto-libre (Puerto-Real) situado cerca del Observatorio. Allí tambien se ven algunos actos de inhumanidad que solo se encuentran en la antigüedad pagana. "Entre los presos se hallaba la jóven condensa de Malezy. Todos los dias llevaba á su madre, que estaba presa como ella, una parte de su comida, de la que habria prescindido mas de una ocasion á no ser por esta solicitud filial. Un dia pidió con el acento del dolor que le abriesen el calabozo de aquella para cumplir ese deber. La turba de carceleros estaba comiendo y festejándose con un *guisado de gato* que fué tambien presa de su repugnante crueldad. Ni la animosa resignacion ni la interesante actitud de aquella jóven ciudadana pudieron ablandar á sus cerberos. "*Que se espere tu madre*, le dijeron con todas las espresiones groseras de un lenguaje digno de ellos, *no somos sus criados.*" Asoma el llanto en los ojos de la hija. "*Ya que lloras*, le dice uno de los esbirros, *aguarda, aguarda, interrumpiré mi comida, pero con dos condiciones: la primera que comerás gato, la segunda que beberás en mi vaso.*"

Procura, aunque inútilmente, la jóven condesa, por medio de las protestas mas dulces, manifestar la repugnancia invencible que tiene á causa de su embarazo y de sus padecimientos para comer gato y beber un vino que jamas prueba porque le hace daño. Pero como sin esas condiciones no se le podia abrir, fué preciso al fin que la ternura filial pasase por dicha humillacion. Se resignó, pues, á sujetarse á las dos pruebas, lo cual debia producir para ella, como sucedió en efecto, el vergonzoso resultado de verse espuesta á las risas indecentes y á las burlas obscenas de los malvados autores de esta broma.

Solo á este precio, pudo conseguir despues de una hora eterna de insultos, que se le permitiese llevar

que comer á su infortunada madre, y el gusto de verla durante algunos minutos.”¹

“La riqueza se reputaba como un crimen en el vocabulario de los triumviros. En uno de los artículos del reglamento de la prision, se mandaba á los presos acomodados que diesen de comer á los presos pobres, diciendo: “*Es preciso que los ricos paguen su fortuna.*”

“No tardamos mucho en vernos reducidos á la igualdad de la miseria, de las enfermedades y de la suciedad. A uno de los presos le quitaron mil cien libras, y á otro diez mil, y no solo se negaron á devolverles esas sumas, sino que tuvieron la inhumanidad de despojarlos de todo; hasta de sábanas, de camisas, de medias de zapatos.”²

“*Cuando salí de la cárcel no me habrían podido tocar ninguna parte del cuerpo sin aplastar un insecto.* A los dolores físicos tuvieron buen cuidado de añadir los tormentos morales que no nos permitían descansar de día ni de noche. Generalmente traían las actas de acusacion, esto es, la sentencia de muerte, como á las once de la noche. El agente de la justicia llamaba al guarda y le decía: “Vamos, abre.—El guarda: ¡Cuántos necesitas hoy?—Cinco.—¡Cómo, solo te bastan cinco!—Sí.—Y se metían las actas por debajo de las puertas de los presos.”³

En la cárcel de *Lázaro* se cometían las mismas infamias, y se atormentaba del mismo modo á los desgraciados presos, á quienes no parecía sino que se quería matar con el mal trato ántes de guillotinarlos. “Todos los días, dice una de las víctimas, nos anunciaban con ademanes bastante espresivos que estábamos destinados para el cadalso; entre nuestros verdugos nos llamaba

1 *Prision de Puerto Libre*, p. 70.

2 *Diario de Coittant*, p. 136.

3 *Id.*, páginas 114 á 151.

la atención *uno de los bravos del mercado*, que nos proporcionaba con frecuencia aquella pantomina. Como los administradores estaban casi siempre ebrios, se negaban abiertamente á dejar entrar caldo y medicinas en la prision. El inspector Dupommier nos decía: “*Quisiera ver una guillotina permanente en la puerta de cada cárcel, porque así tendría el gusto de amarrar á ella con mi banda á todos los sentenciados á muerte.*”

“El administrador Dumoutier hacia la guerra á las hojas viejas de cuchillos mohosos, á los limpia-dientes pequeños de acero. Quitó de allí hasta los fistoles grandes de las mugeres, jurando que enviaria al tribunal revolucionario á aquellas á quienes se les encontrasen en lo sucesivo. ¡Ir al cadalso por un alfiler!... ¡Qué tiranía!... ¡Oh patria mia!

“Al ciudadano Maillé, de edad de diez y seis años (el jóven duque de Maillé) lo llevaron á la guillotina solo por haber dicho que un harenque salado de su comida estaba lleno de gusanos. Esta observacion fué considerada por los agentes de los triumviros como una chispa de rebelion.”¹

En *Picpus* hallamos el mismo respeto hácia la dignidad del hombre. Vuelve á presentarse allí el inspector Dupommier, por cuya brutal ignorancia podemos calcular cuál seria la de los carceleros, porteros y demas agentes subalternos encargados de vigilar las víctimas del triumvirato. Viene un día Dupommier á hacer la visita, y habiendo entrado en el calabozo de un preso, que vió entregado á la lectura, le pregunta: “¿Qué estas haciendo?—Ya lo ves.—No debes contestarme así, ¿qué estás haciendo?—Tú mismo lo estás viendo, leo.—¿Y qué lectura es esa?—Aquí la tienes; y le presenta

1 *Diario de Coittant, Prision de San Lázaro*, p. 167, 175, 177 y 178.

el libro. Dupommier, que no sabia leer, le dice encolezado:—Te estás portando con la mayor insolencia. Respóndeme en el acto c....; pues de lo contrario yo sabré lo que he de hacer contigo.—No puede hacerlo mejor que enseñándote el libro; y si no sabes leer, yo te diré cuál es el título de la obra.—Sí, grandísimo, c... quiero saberlo; estos p.... son tan insolentes que nunca podrá uno reducirlos.—Una vez que es fuerza decírtelo es....—Dílo por fin.—Es *Montaigne*.—¡Ah! puesto que es cosa de la Nontaña, sigue leyendo. Ese libre es el que te conviene. Pero otra ocasión no seas tan impertinente. Con mil diantres. Un libro hecho por la Nontaña! Bravo, bravo!"¹

En todas las cárceles, la crueldad, el hurto y la infamia estaban á la órden del día. "En *Talaru* tenían conciencia para vendernos *seienta y dos habichuelas por treinta sueldos*. Al entrar en la *Abadía* me hallaba enfermo, y de hora en hora iba caminando al sepulcro; no podía comer. Vino un día á verme el carcelero. "¡Ah! me dijo, ¿conque tú no estás acostumbrado á las prisiones? mis agentes me han dicho que no querías comer. He dado cuanta sobre esto al Comité y me ha contestado: "¡Pues bien, dejarlo que se muera de hambre!"²

"En el *Plessis*, el alcaide cobra el diezmo sobre todos los abastecimientos hechos por los demas bribones de sus agentes. Pagamos *veintisiete libras* por un pato y cuatro botellas de vino. Este robo enriqueció á nuestros verdugos. Veíase á un miserable llamado Halí que era administrador subalterno de las cárceles, descansando en las alcobas mas voluptuosas bajo artesones dorados, pisando alfombras de *Turquía*, reclinándose en

1 *Prisiones, etc. Picpus*, p. 161.

2 *Cárcel de Talaru*, p. 94.—*La Abadía*, p. 8.

sillones de seda y contemplando á cada rato su ridícula figura en magníficos espejos.

"Carceleros, administradores, inspectores, agentes de las prisiones, todos ellos estaban casi siempre ebrios y abusaban de cuantas pobres mugeres querian salvarse de la guillotina; mas no por esto dejaban de ser sacrificadas.... En el periódico que leíamos, lo que mas nos interesaba y llamaba nuestra atención era el artículo sobre tribunales. Encontrábamos en el todos los dias *sesenta víctimas*, y entre estas á varios de nuestros infelices compañeros de prision. El monstruo que venció Feseo se contentaba cada año con cuarenta víctimas, pero Robespierre, que le superaba en ferocidad, no se contentaba con ménos de cincuenta mil."¹

"Presenciábamos todos los dias escenas mas crueles que la muerte. Un capitán retirado de caballería, que yacía moribundo en un mal lecho, viendo que no podía hallar ningun consuelo, ningun remedio á su enfermedad, tuvo valor para arrastrarse en camisa hasta el patio para mover á compasión con su aspecto al portero. Este lo rechazó y lo arrojó en un colchon malísimo que habia en un nicho infecto donde murió aquel desgraciado. Allí quedó abandonado su cadáver cuando introdujeron en el *Plessis* unos presos que venian de Normandía. En este sitio horroroso metieron á unas mugeres que estaban criando á sus hijos. Al recorrer ellas su morada sombría, tropezaron con aquel cuerpo exánime, y helóseles la sangre en las venas. El interior de este calabozo no presentaba á los pocos dias mas que un hospital lleno de moribundos. Así es como se reprodujo en nuestros dias el suplicio de *Mezencio*."²

1 *Cárcel del Plessis*, páginas 82, 103.

2 *Id.*, p. 114.

Nada mas lógico: se cosecha lo mismo que se siembra. Habeis plantado el árbol pagano; sobre todo en este colegio del Plessis se le cultivó por mucho tiempo con amor. ¿Debemos admirarnos que haya dado sus frutos?

Manifestando siempre su indignacion y su asombro, el mismo testigo, nutrido tambien con la antigüedad, se dirige á los triumviros y esclama: “¿Llegará jamas á creerse que tres tunantes miserables hayan logrado dominar á la Francia y dictar sus leyes á veinticinco millones de hombres esclavizados; ver postrados á sus piés senadores, generales y magistrados; disponer de la vida, de la voluntad y de los bienes de un estado tan grande como poderoso? Nunca podrán nuestros hijos dar crédito á esto, y nuestra historia será la fábula del porvenir.”¹

“Sí, ¡un Robespierre, un Couthon, un Saint-Just han reinado! La fantasma ha sido el gorro encarnado que les ha servido de corona; han subyugado y asolado á su patria con su brazo de hierro. *No ha habido siglo 2 ni parte alguna del mundo que haya ofrecido jamas otro ejemplo de envilecimiento y servidumbre.* César subyugó á su patria, pero pasó el Rubicon y se llenó de gloria. Favorecido con todos los dones de la naturaleza y diciéndose hijo de Venus, pudo seducir al pueblo y al ejército, y reinar en las orillas del Tiber despues de haber vencido á Pompeyo. Y sin embargo, tres miserables salidos de una aldea, sin nombre, sin valor, sin instruccion, guiados tan solo por la hipocresía y auxiliados por la maldad, han alcanzado el mismo fin!”³

Tiene el testigo razon en decir que ningun siglo cris-

1 Servirá de instruccion.

2 Excepto los siglos paganos.

3 *Prison del Plessis*, p. 125.

tiano, en ninguna nacion moderna se halla el ejemplo del triumvirato de Saint-Just de Couthon y Robespierre. Es preciso buscarlo en la antigüedad clásica, entre aquel pueblo romano tan admirado.